
Serie Maestros de la Sede

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE BOGOTÁ

Historia doble de la Costa
RESISTENCIA EN EL SAN JORGE **3**



ORLANDO FALS BORDA

Historia doble de la Costa 3

RESISTENCIA EN EL SAN JORGE

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE COLOMBIA
BANCO DE LA REPÚBLICA
EL ÁNCORA EDITORES

PRIMERA EDICIÓN Carlos Valencia Editores
Bogotá, 1984

SEGUNDA EDICIÓN Universidad Nacional de Colombia
Banco de la República
El Áncora Editores
Bogotá, 2002

ISBN 958-36-0087-3

PORTADA Diseño de Camila Cesarino Costa

ILUSTRACIÓN Fotografías de Juan Luis Isaza Londoño
y del Instituto Colombiano de Antropología
e Historia, Icanh

ILUSTRACIONES INTERIORES Pedraza, Cabrales, D'Orbigny *et al.*

© DERECHOS RESERVADOS 2002. Orlando Fals Borda
El Áncora Editores
Avenida 25C N°3-99
Fax [57-1] 288839235
ancoraed@interred.net.co
Bogotá, Colombia

PREPARACIÓN LITOGRAFICA Carlos Valencia Editores

SEPARACIÓN DE COLOR Elograf

IMPRESIÓN Impreso en los talleres de Panamericana
Formas e Impresos, quien sólo actúa como impresor
Calle 65 N°94-72
Bogotá, Colombia

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

A los pescadores y vecinos de Jégu
y San Benito Abad (Sucre).

A la memoria de mi madre, María Borda Angulo,
por su constancia ante las durezas de la vida,
sus pioneros esfuerzos por la emancipación
de la mujer en Colombia y su preocupación
por el mejoramiento cultural, social y
económico del pueblo costeño.

CONTENIDO

Presentación	xv
Nota del autor	xix

CANAL A

INTRODUCCIÓN

El histórico aguante de los ribereños	18A
---------------------------------------	-----

PARTE I LANCES Y PERCANCES DEL PUEBLO ANFIBIO

1 Muerte y resurrección en el Panzenú	34A
2 Los indios de Jegua aprenden a sobrevivir	50A
3 Avance señorial: fundación de Corozal, Caimito y San Marcos	67A
4 Comuna en Ayapel, sedición en Jegua	80A
5 Reiteración: los rianos se repliegan	96

PARTE II EL CAPITALISMO RAMPANTE

6 Los ricos también se descomponen	136A
7 Lucha contra la compañía imperialista en Mompox y Loba	164A
8 La segunda conquista del San Jorge	183A

CANAL B

INTRODUCCIÓN

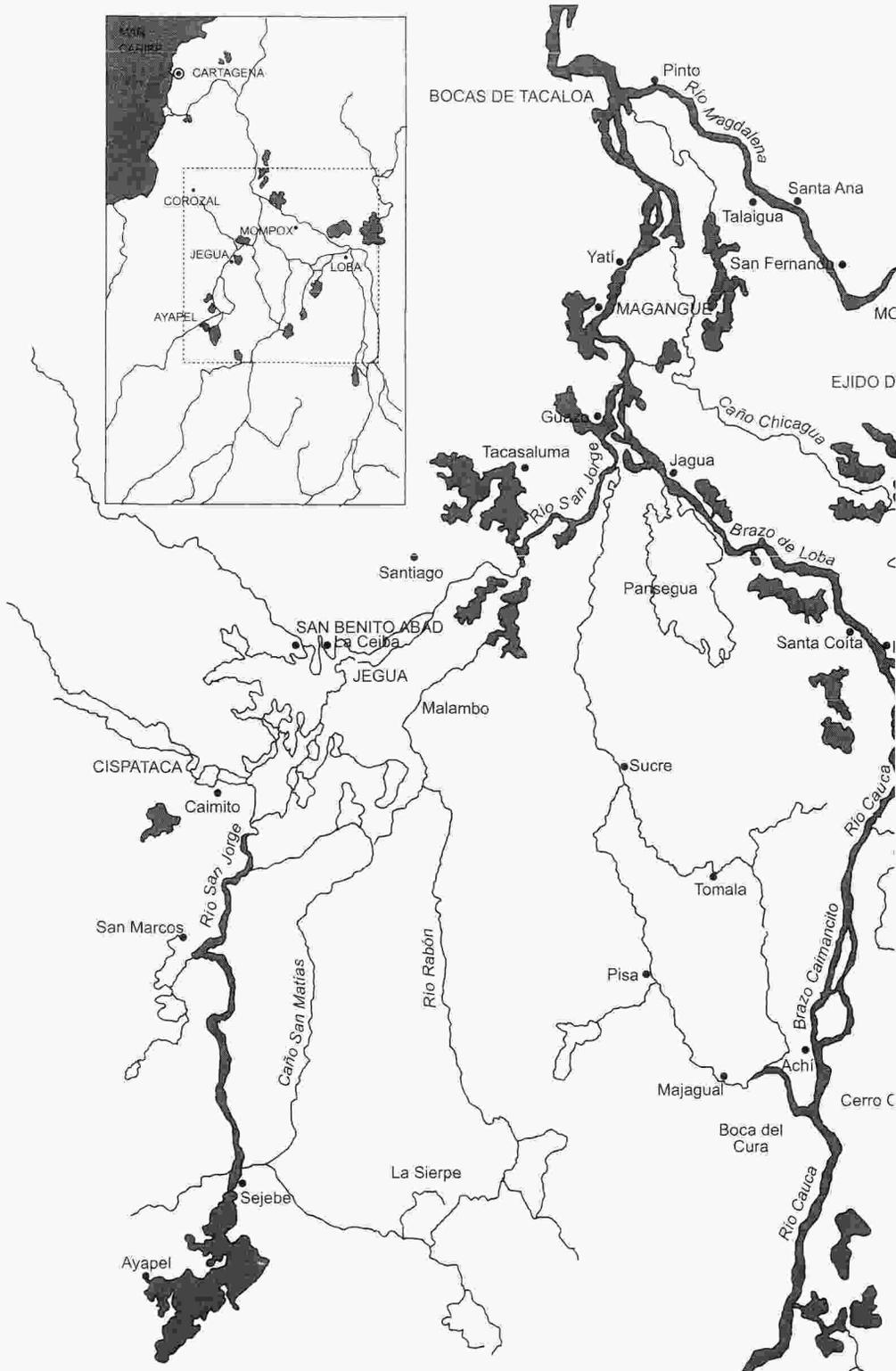
Descomposición y reproducción del mundo costeño	18B
---	-----

PARTE I LA RESISTENCIA POPULAR: ELEMENTOS EXPLICATIVOS

1 Raíces viejas de la resistencia popular	34B
2 Mecanismos sutiles de supervivencia	50B
3 El señorío como factor de descomposición	67B
4 El contrapoder popular y la resistencia armada	80B
5 Reiteración: los rianos se repliegan	96

PARTE II IMPACTO REGIONAL DEL CAPITALISMO

6 Descomposición de las clases dominantes	136B
7 Imperialismo y dependencia: versión regional	164B
8 De la domesticación religiosa a la liberación	183B
Índice de nombres de personas y lugares	203



LA DEPRESIÓN MOMPOSINA
Y SU REGIÓN
(Detalles señalados en el texto)



AGRADECIMIENTOS A

Compañeros, parientes y colegas de Mompox, Loba y Ayapel
Remberto Cárcamo Caballero, San Benito Abad
Gabriel Guerra C., Cartagena
Monseñor José Lecuona, Magangué
Ildefonso Gutiérrez, Madrid (España)

El trabajo de campo y la preparación de este tomo fueron posibles gracias al eficaz y generoso apoyo del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID), del Canadá, y la Fundación Punta de Lanza.

ADVERTENCIAS

Este tomo, como el primero y el segundo, está concebido y presentado en dos estilos o canales diferentes de comunicación:

CANAL A (izquierda)

Por las páginas de la izquierda corren el relato, la descripción, el ambiente, la anédocta.

CANAL B (derecha)

Por las páginas de la derecha corren simultáneamente la interpretación teórica respectiva, los conceptos, las fuentes y la metodología de aquello que contiene el canal A y, también, resúmenes del relato.

La lectura de cada canal puede hacerse de corrido independientemente, desde el principio hasta el final del libro. Sin embargo, la experiencia seguida por los lectores de los tomos anteriores indica que es más productivo y pedagógico leer cada capítulo completo de un canal, seguido de la lectura de su contraparte del otro canal, y sin saltar de uno a otro en las llamadas [A], [B], [C] o [D]. Éstas se han hecho con el fin técnico de llamar la atención sobre temas centrales que requieren apoyo teórico y documentación, ejercicio que pueden adelantar los especialistas.

ABREVIATURAS

ANC Archivo Nacional de Colombia (Bogotá).

AGI Archivo General de Indias (Sevilla, España).

AC Archivo personal de José del Espíritu Santo Cárcamo Pérez, en poder de don Gabriel Guerra Cárcamo (Cartagena).

PRESENTACIÓN

Orlando Fals Borda es el científico social del Caribe colombiano de mayor trascendencia en los últimos cincuenta años. Luego de la trágica desaparición, en 1956, de Luis Eduardo Nieto Arteta, quien fuera el científico social costeño de mayor influencia en la primera mitad del siglo xx, la fértil producción intelectual de Fals lo llevó a ocupar el centro de la vida intelectual del Caribe nuestro, a partir de la década de 1970, cuando se dedicó con mayor amor y convicción al estudio de la sociedad rural costeña y su historia. Fruto de casi dos décadas de trabajo investigativo y político, que en Fals van de la mano, es la *Historia doble de la Costa*.

Esta obra constituye un elemento fundamental en la producción intelectual de la Costa Caribe en el último medio siglo, cuando hemos visto una efervescencia sin precedentes en el campo de la historia, las ciencias sociales, la literatura, las artes plásticas y la música regional. Fruto de todo ello, el país se reconoce hoy como Caribe, entre otras cosas.

En la *Historia doble de la Costa*, Orlando Fals se propuso escribir una historia de la región que se saliera del eje Cartagena-Santa Marra-Barranquilla, desde cuya perspectiva se ha escrito la mayor parte de nuestra historiografía. Aparejado a ello, se propuso también narrar nuestro pasado desde la óptica de los autores olvidados y relegados a un papel secundario dentro de las corrientes dominantes en la producción intelectual regional. La que aparece aquí en primer plano no es la Costa de Rafael Núñez, el Grupo de Barranquilla o los grandes comerciantes samarios, cartageneros y

barranquilleros. No es tampoco la Costa del Carnaval de Barranquilla, los Lanceros de Getsemaní o el fútbol de Pescadito. Es una Costa más rural, menos conocida y más olvidada, en todos los sentidos. Es la Costa de María Barilla, la valentía de los Chimilas, los mitos Zenú, el hombre caimán, el sombrero vueltiao y las corralejas. Es también la Costa de unas élites rurales o de origen rural como Chano Romero, Arturo García, Juan José Nieto o los marqueses de Santa Coa, que en la historiografía dominada por la vida de las grandes ciudades portuarias ocupan un papel secundario, en el mejor de los casos.

Por muchas razones, la *Historia doble de la Costa* ha sido una obra polémica. Entre sus fortalezas se ha destacado la calidad literaria de la narración que va por el canal A, que muchos consideran una novela histórica de gran belleza. Resaltaría también el rescate de la dignidad de los pobladores del Caribe nuestro y de sus antepasados, que logra con gran finura Orlando Fals a lo largo de esta obra. Dentro de esa perspectiva habría que enfatizar el rescate del inmenso aporte cultural y racial de los pueblos indígenas, Zenú, Chimilas, Taironas, Wayúu, a la conformación de la población costeña contemporánea. Finalmente, toda la obra está signada por la búsqueda de una identidad costeña, para la cual los aportes testimoniales, documentales y fotográficos que se hacen no tienen precedentes.

Muchas de las críticas que ha recibido la *Historia doble de la Costa* tienen que ver con el canal B. Algunos lo encuentran exageradamente académico; otros se quejan de una supuesta falta de rigor, especialmente en el uso de las fuentes; no son pocos los que han controvertido el papel que Fals le asignó a la imaginación en la elaboración de su obra; varios historiadores se han referido al excesivo simplismo del libro en el tratamiento de ciertos temas, y otros han criticado la manifiesta voluntad del autor de escribir un texto políticamente comprometido.

Sin embargo, si se trata de hacer un balance objetivo de la *Historia doble de la Costa*, yo no recomendaría proceder como un contador de partida doble que sopesa fortalezas y debilidades y que a través de un ejercicio de sumas y de restas intenta llegar a una magnitud final. Lo que recomiendo, por el contrario, es adentrarse de manera desprevenida, aunque sin perder el ojo crítico,

en los ríos, caños, ciénagas y esteros de los cuatro tomos. Cuando yo lo he hecho, he regresado siempre queriendo más –y valorando mejor– al Caribe colombiano, que es una forma de querernos más –y valorarnos mejor– a nosotros mismos.

GUSTAVO BELL LEMUS
VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

NOTA DEL AUTOR

Observo con algún asombro que en los veinte y más años transcurridos desde la primera edición de la *Historia doble de la Costa*, en 1979, apenas se han registrado unas pocas correcciones o refutaciones de datos o hechos contenidos en los cuatro tomos, aun tomando en cuenta las pistas y referencias que ofrecí con estos fines en las fuentes citadas del CANAL B. El cuasi-silencio de los historiógrafos sobre estos puntos contradiría lo que algunos colegas han sugerido sobre defectos de documentación en mi obra.

Lo concreto es que estas fuentes han podido y pueden seguirse consultando en bibliotecas o en las carpetas y otros elementos colocados desde 1986 en el Centro Regional de Documentación del Banco de la República en Montería, para servicio del público. Aprovecho para expresar mi agradecimiento a la Biblioteca Luis Ángel Arango, por haber acogido y organizado este material. Comprende libros raros y antiguos periódicos regionales, grabaciones, fotografías, objetos y cuadros de valor histórico, mis diarios de campo y manuscritos y notas de archivos nacionales y extranjeros, en los que me basé para la confección del trabajo.

El Centro de Documentación Regional de Montería se ha usado bastante y algunas familias locales lo han enriquecido con valiosos aportes. Sin embargo, dos de los “archivos de baúl” más importantes que consulté a fondo para la *Historia doble*—los de las familias Guerra-Cárcamo (San Benito y Cartagena) y Burgos (Montería)—no han llegado. Pido cordial y respetuosamente a los actuales herederos que compartan aquella riqueza documental con los coterrá-

neos y con la comunidad nacional e internacional, antes de que el tiempo y el comején dispongan de ella.

En cuanto a correcciones y complementos de datos, los que han llegado a mi conocimiento y que aprecio de todo corazón, son los siguientes:

1. La evidencia del Archivo Nacional y otras fuentes brindada por el distinguido historiador Edgar Rey Sinning, que llevó a retocar y corregir para la presente reedición algunos de los negativos originales de la *Historia doble*: en la página 35B del primer tomo, por la fundación de Tenerife, que fue en 1542 y no en 1540, como aparece en la primera edición; en la página 103A del mismo tomo había de escribirse 1576 y no 1583, y no fue Antonio sino Rodrigo Cordero el mentado lugarteniente; y en la página 62A del tomo segundo, el año de la muerte del Supremo Carmona es 1852 y no 1853.

2. La ilustre académica Pilar Moreno de Ángel aclaró el misterio de los últimos años de De la Torre y Miranda (página 71A del tomo cuarto) al encontrar en España el testamento y la partida de defunción del gran congregador de pueblos costeños, que publicó en el libro *Antonio de la Torre y Miranda* (Bogotá: Planeta, 1993). La muerte del congregador sobrevino en Santa María (España) el 6 de febrero de 1805, y le heredó una hija de 14 años de edad llamada Josefa.

3. Otro distinguido académico, David Ernesto Peñas, descubrió en la Notaría de Mompo una lista con los nombres de los fundadores de El Peñón (Magdalena) en 1770 (página 113B del primer tomo). Este raro documento, que enriquece la historia local, aparece en el n° 22/23, mayo 1991, página 105 del *Boletín historial* de la Academia de Historia de Mompo.

Ha habido otros desarrollos intelectuales de la *Historia doble* que merecen recordarse. En primer lugar, el brillante escritor costeño David Sánchez Juliao realizó la proeza de verter en forma de novela y con su excelente estilo literario, una serie de anécdotas y ocurrencias con los personajes de la *Historia*. Fue publicada con el título de *Danza de redención* (Bogotá: Grijalbo, 1998) con explicable y muy buena acogida.

Recuerdo igualmente la polémica de 1986 en Montería sobre la fandanguera María Barilla y la rebelión del Boche (tomo cuarto),

que dio origen al interesante y bien concebido folleto que editó el colega Albio Martínez Simanca (*Historia y mito*, Montería: Casa de la Cultura, 1987). Falta todavía evaluar el impacto que hubiera podido producir la circulación de la separata con capítulos escogidos de los tomos primero y segundo sobre *Fundación de pueblos costeños*, que hizo Carlos Valencia Editores (Bogotá) en 1982, opúsculo que fue especialmente editado para educadores y estudiantes de la región.

En cuanto a discusiones sobre asuntos tratados en la *Historia doble* u opiniones sobre estilos, metodologías e ideologías en ella, debo seguirlo dejando, naturalmente, en las manos de pensadores y escritores independientes. Aprecio así las observaciones tempranas del novelista Gustavo Alvarez Gardeazábal, las reservas de los historiadores Gustavo Bell Lemus (a quien agradezco su estimulante prólogo y la iniciativa de la presente reedición), Charles Bergquist, Eduardo Posada Carbó y Alfonso Múnera, las confirmaciones de Hermes Tovar Pinzón y Christiane Laffite Carles, así como los elogios del crítico francés Jacques Gilard, el escritor uruguayo Eduardo Galeano, el geógrafo de Berkeley James J. Parsons y nuestro novelista-sociólogo Rodrigo Parra Sandoval.

Hubo a continuación una fértil búsqueda regional por el equipo de científicos sociales que publicó el primer Mapa Cultural de la Costa con apoyo del Corpes. Se organizaron fundaciones y organismos no gubernamentales de estudio y acción social, e instituciones estratégicas como el Observatorio del Caribe Colombiano y su revista *Aguaita*, que dirige Alberto Abello. Además, aparecieron los nuevos aportes del Centro de Estudios Económicos Regionales del Banco de la República en Cartagena, con los trabajos de Adolfo Meisel, Joaquín Vilorio de la Hoz y otros excelentes investigadores; el cuidadoso libro de José Agustín Blanco sobre Tierradentro y Barranquilla, el de Isabel Clemente sobre San Andrés y Providencia, las monografías de José Manuel Vergara y José Luis Garcés (Ciénaga de Oro), Jaime Colpas (Barranquilla), Bernardo Ramírez y Edgar Rey (Mojana), Pepe Castro (Valledupar), Víctor Negrete (Sinú), Rafael Velásquez y Víctor Julio Castillo (Magdalena Medio), y otros más, todos los cuales llenan lagunas de mi *Historia*. Y está en imprenta, gracias al esfuerzo del historiador Moisés Alvarez y del Instituto de Estudios del Caribe, la nueva

edición de *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica* (1973), mi primer intento documental y pedagógico para el campesinado costeño, que fue asimismo semillero de los cuatro tomos posteriores de la *Historia*.

Quiero insistir en la defensa del uso declarado de la imaginación y de la ideología en las pesquisas científicas —lo que aconsejó y ejecutó hasta el respetado Einstein—, como aparece en los canales A y B de la *Historia*. Debo recordar que, en el caso de la imaginación, se trató de elaboraciones de “corteza”, o marginales, dentro de marcos culturales e históricos definidos, cuyos elementos tomé como “núcleos”, es decir, como “datos columnas” debidamente confirmados. El registro formal de estos datos y en notas de pie de página se encuentra en el CANAL B. Por razones de comunicación y estilo, consideré adecuado compartir la alegría que sentía en aquellos momentos de reflexión y redacción, que dramatizaban rasgos personales o gestas colectivas de lo que estaba descubriendo en el terreno o en los documentos. Así, por ejemplo, además de llamar “Mascachochas” al sanguinario general Tomás Cipriano de Mosquera, hice que por esta violenta razón le homenajeara con mordiscos una brigada aérea de mariapalitos venenosas en una ceremonia masónica en Cartagena (tomo segundo). E imaginé cómo era el pueblo Zenú de Jegua y lo describí con motivo de la primera llegada de los conquistadores Heredia (tomo tercero).

En cuanto a la ideología, cuando escribí la *Historia doble*, el inolvidable maestro Gerardo Molina, dirigente político e intelectual de la mayor dimensión, ya me había matriculado como socialista humanista y así lo consignó en su clásico libro sobre el tema. En ello no hizo sino constatar viejas preocupaciones colectivas como las tenemos muchos científicos —no sólo los sociales, e incluyo aquí a los funcionalistas de raigambre conservadora— que preferimos la democracia a las dictaduras y la participación al monopolio. Por eso tomé parte en la temprana articulación de la Investigación-Acción Participativa (IAP), escuela en la que se inscribe mi obra.

El hecho es que la IAP se ha extendido desde 1970, cuando nació en la Costa colombiana y en regiones campesinas de India, Brasil, México y Tanzania, y su acogida se registra hoy así en el Sur como en el Norte del mundo. Gracias a la dinámica creada

por los trabajos de sus cultores y a técnicas y valores propios, la investigación participativa ha llegado ya a considerarse como paradigma alterno al desarrollismo norteamericano y al positivismo cartesiano, orientaciones ideológico-científicas que van hacia el ocaso. Los primeros manuales universales de la IAP, señal de cierta madurez, fueron publicados en 2000 en Inglaterra. El más reciente reconocimiento disciplinario a esta escuela provino de los matemáticos reunidos en congreso mundial en Elsinore (Dinamarca) en abril de 2002, que la acogió para fines de mejor enseñanza y más eficaz comunicación, y para corregir prejuicios formativos en los adeptos de las ciencias duras.

Ahora, como se sabe, las preocupaciones sobre la IAP provienen no sólo de su candidatura como paradigma emergente en las ciencias sociales, sino de su creciente cooptación por organismos civiles, estatales y universitarios que pueden, por descuido, desvirtuar sus ideales originarios de justicia popular. Pero así han venido, por lo general y en todas partes, las oleadas de la acumulación científica y tecnológica moderna.

Parece, pues, que la *Historia doble de la Costa* se ha venido consolidando ante el público general y el académico, gracias precisamente a este inesperado y polémico desarrollo intelectual contemporáneo. Lo dejo así, confiado en el interés y en la productividad comprometida con aquellos ideales, que permanezcan en las presentes y futuras generaciones de científicos.

Finalmente, quiero destacar y agradecer la terquedad maravillosa de Patricia Hoher, gerente de El Áncora Editores, y la invaluable y oportuna intervención del doctor Leopoldo Múnera, vice-rector de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Bogotá, para impulsar el presente proyecto.

ORLANDO FALS BORDA
BOGOTÁ, MAYO DE 2002

INTRODUCCIÓN

1. El histórico aguante del ribereño

18A

INTRODUCCIÓN

1. Descomposición y reproducción del mundo costeño 18B

Jagua: Llegando al puertö por el río San Jorge.





EL HISTÓRICO AGUANTE DEL RIBEREÑO

¿Jegua? Un puntito sobre el río San Jorge que sólo aparece en los mapas a pequeña escala del departamento de Sucre en Colombia, al borde norteño de la depresión momposina, donde no se puede llegar sino en yonson o en canoa, en bestias o a pie.

Acerquémosle la lupa de la historia: en el puntito ahora ampliado aparecen largos y fuertes ligamentos culturales, rostros, figuras y símbolos que se extienden o duplican por toda la cuenca del San Jorge. Surgen túmulos zenúes y antiguos canales de riego por los lados de Moguán (Mogohán), Cholén y Cuiba; pectorales y chagualas de oro en los playones; cédulas reales de resguardos de tierras; hatos del Cristo y de la Virgen; revueltas de indios y blancos contra las autoridades españolas; cruentas luchas por la tierra y el auge temporal del comercio; la amenaza permanente del mohán del cerro del Corcovado y las inundaciones periódicas que han ido minando al pueblo. No hay duda de que este caserío, representante típico de tantos otros de la región, tuvo un pasado interesante, y también que ha venido a menos a través del tiempo, al descomponerse y desorganizarse la vida reciente de sus habitantes. [A]

Sin embargo, ahí sigue Jegua con sus 500 ribereños —o rianos, como allí dicen— en 60 casas y chozas ruinosas, vivita y coleando aunque lllore a veces, como una pequeña comunidad de pescadores, traficantes del río, campesinos y mozos de haciendas. No se ha rendido ante el avance de la descomposición social ni se ha proletarizado totalmente ni desaparecido a los golpes del capitalismo agrario. Jegua muestra el paso de los años sin modificarse en su esencia. Hoy es poco más que un si-

DESCOMPOSICIÓN Y REPRODUCCIÓN DEL MUNDO COSTEÑO

Mucho de lo que se aprecia y vive hoy en la parte de la depresión momposina comprendida entre los ríos San Jorge, Cauca y Magdalena —verdadera tierra de promisión— es resultado de un proceso de lucha en el campo de la economía y de la cultura que se ha verificado por el dominio, control y explotación de los recursos naturales: la tierra y el agua de esa región, según formas de producción diferentes.

Por una parte, están los trabajadores agrícolas y pesqueros directos, organizados en comunidades de reproducción dentro del modo de producción campesino (mercantil simple o parcelario) que definí detalladamente en el tomo anterior (II, 82B-87B), con su cultura anfibia y técnicas precapitalistas, como componente importante de la nueva formación social nacional. Y por otra parte, están los hacendados y terratenientes poderosos que van acumulando riqueza más rápidamente para convertirla en capital, con claras tendencias al monopolio de la tierra y del agua.

En términos generales, este proceso de conflicto y transformación social por el dominio sobre la tierra se ha identificado, en la teoría del materialismo histórico, como descomposición del campesinado, adoptando así el punto de vista de la clase explotada que trabaja directamente los recursos. Todo ello se observa en la aldeíta de Jegua, a orillas del San Jorge, y su región aleña.

Lo interesante del caso de Jegua y de muchas otras comunidades de la depresión momposina a la cual pertenecen geográficamente, radica en que en esta lucha todavía presenten resis-



Calle principal de Jegua.

tio de embalse para el ganado que se lleva y trae de las sabanas altas de Corozal, al occidente, donde viven las familias dominantes de la región. Es un pequeño mundo en el cual se descubre y agita la multitud de problemas en las formas de vida y de trabajo que han existido y existen aún en la depresión momposina y en ese olvidado San Jorge, tierra tan privilegiada y promisoría, donde se halla quizás el más grande potencial de riqueza agrícola, pesquera, pecuaria y minera de Colombia. También donde está el crisol multirracial de una reserva humana talentosa y multifacética que ha ido moldeando su cultura para dar un aporte importante al desarrollo de la Costa y del país en su conjunto.

Como aquella Santacoa sobre el Brazo de Loba del río Magdalena en la que me varé con el grupo de estudio, en un yonson, hace cuatro años, Jegua tiene también dos calles largas ahogadas por grandes haciendas vecinas, propiedades de los ricos sabaneros De la Ossa, Martelo, Olmos, Viveros, Buevas y Pérez; porque sólo tres familias de Jegua poseen algún jeme de esa tierra fértil y limosa de detrás del pueblo que se ha venido acumulando con el sube y baja anual de las aguas de ciénagas, caños y ríos. Esas largas calles son rutas enyerbadas, sombreadas a trechos por caracolés, uvitos y campanos, que siguen el curso del San Jorge por la ribera oriental. Hay algunas casas elevadas, de material de ladrillo —las de pequeños tenderos— que apenas se escapan de las inundaciones, una iglesita de techo de teja ennegrecida por la humedad, una escuela medio vacía de la que los maestros tienden a desertar de puro desga-

tencia los trabajadores y pequeños productores parcelarios que pertenecen al modo de producción campesino. No se dejan vencer ni por la opresión ni por la explotación capitalista desafiada del río y de las sabanas, ni parecen darse traza de ir desapareciendo o proletarizándose del todo, como lo anticipan algunos teóricos ante la evidente expansión del capitalismo como forma dominante actual en el campo, y el poder de monopolio que tienen los hacendados y el nuevo capital agrario y pesquero de la región.

[A] Es corriente interpretar el proceso de lucha y decantación social reciente de manera negativa, por llevar, en relación con etapas anteriores, a situaciones de empeoramiento económico y social y al descenso de niveles de vida de la población rural. Lo cual es cierto. Pero no conviene seguir identificando entre nosotros toda descomposición con proletarización ni confundir a todos los asalariados con el proletariado moderno, menos como si fuesen tipos ideales que resultarían, en el fondo, como de Europa, donde se originó su estudio.

Según la Academia, las definiciones más acogidas se refieren a la *descomposición del campesinado* como una inevitable mutación de clase social de quienes laboran la tierra de manera directa, para conformar, en el desarrollo del capitalismo, una clase social distinta: el proletariado (Karl Kautsky, *La cuestión agraria*, 1899). Esto quiere decir que las gentes rurales —campesinos, indígenas, pescadores, silvicultores— van perdiendo inexorablemente sus calidades tradicionales como grupos independientes o como parcelarios propietarios de sus medios de producción. Dejan de ver la agricultura, la pesca, la ganadería y la explotación de bosques como actividades de subsistencia para considerarlas como negocios, ya que no siguen definiendo el producto de su trabajo por el valor de uso que tiene para el consumo y reproducción propios sino ante todo por su valor de cambio. Llega un momento cuando estos trabajadores se vuelven asalariados con conciencia de clase y urgencia de organización que dependen mayormente de la venta de su fuerza de trabajo para reconstituirla y poder sobrevivir. En el contexto dominante pasan a ser, por ello mismo, una mercancía más dentro del mercado (Karl Marx, *El capital* [1872], libro I, sección IV, capítulo 13). La lógica de la acomodación natural (el *Wesenwille*, de Tönnies) queda entonces desplazada por la lógi-

no, una planta eléctrica privada que funciona a veces; y nueve delgadas columnas de cemento en un lote, que servirán probablemente para un puesto de salud que los políticos prometieron en las últimas elecciones a cambio de los votos de los jeguanos. Poco más, aparte de una cantina con mesas de billar (el Club) y una pequeña plaza bordeada de robles y una ceiba, donde los niños, durante el verano, juegan al fútbol con pelotas de caucho.

La negativa de Jegua a desaparecer es tanto más extraordinaria por cuanto ha dejado de contar con la protección de sus propias deidades. La imagen del Cristo Crucificado, que tiene un nicho cagado de murciélagos en la iglesia, es una imagen con un brazo roto y caído que nadie ha compuesto, pues es muerta y no posee el don de hacer milagros. A esa imagen no hay que comprarle cirios ni rogarle ni hacerle promesas, dicen los jeguanos. ¿Para qué? No responde con un guiño, ni suda su frente, ni por la costilla vierte sangre, como ocurre con las estatuas de los Cristos de las villas cercanas de San Benito Abad, Mompos y Zaragoza. Estos son los Cristos vivos que hacen milagros, los que consuelan al necesitado, los que ayudan a aguantar la situación.

Participa así Jegua de esas características sobrenaturales y ordinarias a la vez que explican la formación de comunidades humanas en el medio húmedo, aislado y vibrante de la depresión momposina. Jegua es un Macondo pequeño, el mundo reducido del aguante portentoso y mágico de la gente que allí habita jugando ruleta permanente con la vida, y ganando al azar, de vez en cuando, la licencia de porfiar con la muerte.

o o o

El aguante de Jegua puede ser la suma del aguante de sus habitantes. Se acumula el esfuerzo pequeño de cada cual en su sitio y en su ocupación, día tras día, en presente, sin anticipar mucho, "rebuscándose", esto es, defendiéndose económicamente como se pueda en las más diversas tareas para "levantarse el bento" según la estación del año, si es verano o invierno. Porque aquí la gente es hábil en todo y puede rendir igual en tierra o en agua: son personas criadas en la compleja tradición de la cultura anfibia de la Costa Atlántica (tomo I). [B]

Es cierto que con la pérdida de sus tierras ancestrales, los jeguanos viven ahora principalmente de la pesca mayor del ve-



La imagen muerta del Cristo.

ca de la explotación capitalista, y el habitante del campo pierde una parte de su humanidad para convertirse en un ente o en una ficha manipulable por los que detentan el poder económico y político.

Esta mutación es, por supuesto, mucho más compleja, como lo vemos, en el presente libro que se dedica a estudiarla en una región concreta. Para empezar, observemos que la población ribereña de la depresión momposina ha defendido, mal que bien, su personalidad y cultura, su individualidad e independencia y, en buena parte, sus formas de trabajo, de tal manera que los modos de producción indígena y campesino de los que partió en siglos pasados siguen sobreviviendo parcialmente y mezclados entre sí (en adelante me referiré a ellos conjuntamente). Estos modos se expresan en determinadas prácticas económicas y sociales, adoptan formas suplementarias de la agricultura (como en el comercio, la minería y la pesca) y afirman patrones culturales anfibios no supeditados por la invasión tecnológica reciente indicativa de las nuevas fuerzas productivas capitalistas.

Para empezar a explicar esta persistencia de formas antiguas dentro del capitalismo dominante y la descomposición que promueve en las regiones, acudí en el primer tomo de esta serie (I, 18B-21B) al concepto de *comunidades de reproducción*,

rano en las ciénagas, entre enero y marzo de cada año. Pero el dinero que ganan en esto nunca les alcanza, o cuando lo tienen buena parte se lo gastan en ron. "Fue que la Virgen nos maldijo a causa de un atarrayero que le negó pescado cuando ella se lo rogó en la ciénaga", me asegura Rafael Martínez mientras voltea una de las hicoteas (tortugas o galápagos) que acaba de cazar para comer en Semana Santa, al chuzar con un palo con punta de hierro las sampumas de las secas ciénagas y madre viejas cercanas. "Desde entonces la plata que ganamos se nos vuelve nada, como se va por el río el agua en que trabajamos".

Lo extraordinario de Rafael es la sonrisa medio pícara con la cual relata aquel acontecimiento sobrenatural que, en otras partes, habría producido una fuerte sensación de temor o de sumisión piadosa ante los poderes del más allá. No. Aquí en Jegua la gente se expresa con mucha despreocupación no sólo sobre los asuntos sagrados sino sobre muchos otros que tienen que ver con la producción de bienes, la salud o la política. Se siente una atmósfera de firmeza dentro de la inseguridad e incomodidad existentes, como si la pobreza, los peligros o las avenidas de los ríos no fueran causa posible de petrificación de la conducta, sino motivos de trabajo, defensa y acción creadora



*Rafael Martínez e hijo,
con hicoteas al pie, sus
perros galapagueros y
las puyas de montar.*

de René Gallissot, dentro del esquema marxista de producción-circulación-reproducción en una formación social concreta (la colonial).

Escribí entonces que en la región momposina la articulación de lo geográfico con lo histórico, lo social y lo económico se registraba localmente en comunidades denominadas *laderas*, que son viviendas dispersas en forma lineal en barrancos a lo largo de corrientes de agua, en caseríos y en pueblos de mayor tamaño igualmente aferrados al agua, donde se desarrolla la vida afectiva, cultural, productiva y reproductiva del hombre ribereño. Se entiende, pues, como reproducción la que se realiza en lo ideológico, cultural y demográfico y no sólo en la renovación de la fuerza de trabajo, lo cual permite superar los problemas de reduccionismo que han afectado mal a muchos análisis inspirados en el materialismo histórico, incluyendo los que estudian la descomposición del campesinado.

Luego, se necesita de nuevo recurrir a los conceptos de región (tomo I) y de modo de producción campesino (tomo II) para entender el cambio que ocurre en el San Jorge y Loba, dentro del cual se opera la descomposición-reproducción campesina. Vemos que aquí hay un *desarrollo territorial desigual* de fuerzas productivas que expresan contradicciones reales entre clases sociales: los grandes terratenientes capitalistas, por un lado, y los propietarios parcelarios junto con los trabajadores sin tierras, por otro. Hay crecimiento económico visible —como en la producción del arroz y en otros indicadores—, lo cual haría ver al San Jorge como una región que prospera y combate su anterior estancamiento. Pero ha quedado sujeta a la “causación circular acumulativa” de la desigualdad (Myrdal) no sólo en capital, y por ello a un desequilibrio interno fuerte con mala distribución de la riqueza generada —que tiende a monopolizarse por los ya ricos, como en la conocida “revolución verde”—; el empeoramiento de condiciones de vida de los campesinos parcelarios y pescadores; la pérdida de pequeñas explotaciones; la contaminación ecológica; y la desintegración social. No se cumple aquí, por eso mismo, el ideal keynesiano del “crecimiento equilibrado” regional, y la prosperidad o progreso aparente de la región se torna en concepto relativo y reducido.

En conclusión, *la existencia actual de importantes elementos del modo de producción indígena-campesino y de la cultura anfibia en esta región específica, se explicaría no sólo por la articulación desigual de éstos con formas capitalistas, donde han*

individual y colectiva. En realidad, esas cosas son corazón y corteza de la vida misma del riano; son su lucha diaria que no cesa, aunque aquel se recline a veces en la cuenca de una canoa para fumarse un cigarrillo. Así se va esculpiendo su personalidad contradictoria y macondiana. Según este punto de vista, no hay ningún problema vital insoluble en el San Jorge, y el secreto de ello radica en saber aguantar y en saber rebuscarse. "Recuerde —me asegura Rafael— que ningún hijo de Dios muere boca abajo".

La situación del riano se empeora un poco durante los meses de invierno (abril-diciembre), porque pierde la pesca intensa y acumulada del verano en las ciénagas y caños y tiene que buscar la ración diaria pequeña en toda corriente de agua. Entonces pesca sardinas con el majal de anejo debajo del tambo de su casa, agitándoles tripas de pescado antes de que lleguen las culebras a hacerle competencia, para ir después a ensartar a los pescados con anzuelos. Muchas veces la pesca no es fácil, porque aumenta el caudal y los peces tienen mayor espacio dónde escaparse de las redes, atarrayas y trasmallos. Entonces el riano —especialmente si no es pescador— debe ejecutar otras tareas: cortar y vender leña, trocar por comida los limones y guayabas del patio de la casa, hacer y vender "raspao" de hielo con almibares en San Benito, trabajar por días en cualquier empleo que salga y, en últimas, irse a sembrar por la boca de Sejebe, en el alto San Jorge, donde si se anega el río baja a los tres o cuatro días, no en dos o tres meses como en Jegua. En el Sejebe se puede empezar por una orillita con unos vástagos de yuca, después el maíz y por último con unos colinos de plátano cuyas cosechas se van turnando y así se alimenta la familia.

Los traficantes del pueblo, luego de renovar febrilmente los costados de maderas podridas de sus barquetas, se van entonces en masa a transportar el arroz de los nuevos potentados capitalistas agrarios en los "arrastraderos" de San Marcos, Achí y Majagual río arriba. Allí ha habido, desde 1960, un extraordinario desarrollo con máquinas y últimas tecnologías, tal como en la famosa "revolución verde" de la India que, aunque produjo mayores rendimientos, hizo más ricos a los ricos y les hizo perder sus tierras a los pobres. Se ausentan entonces los jeguanos por tres o cuatro meses, cuando ahorran lo suficiente para aguantar hasta el comienzo del año siguiente. Y así casi todo el pueblo se reorienta y relocaliza en el invierno, sin perder el ritmo del trabajo productivo. Hay que salir a buscar agua, tierra y



La vida en Jegua: arreglando barquetas, galapagueando, bajando cocos y reposando.



trabajo en todos estos casos, porque "culebra enhojada no come sapo gordo".

Aún así, en invierno el río sigue dando bagres y ventones, que no son pescados finos, pero vendibles. Anastasio, por ejemplo, sale temprano con su hermanito, bogando a canaleta en la canoíta, echa la atarraya en determinados puntos o clava en el agua puyas con carne podrida de iguana o de babilla que cazó en los cenegales y manglares cercanos la noche anterior, para atraer los cardúmenes. Una vez con la pesca a bordo, Anastasio corta los pescados en tajajos superficiales y así "arrollados" los sala y guarda en la casa. Al día siguiente su madre los seca al sol y al aire y después los fríe en caldero, esperando venderlos todos a la compradora que llega de San Benito Abad en un yonson, a 10 pesos por unidad, mientras Anastasio se enrosca feliz en la hamaca con la atractiva muchacha que se sacó hace un mes.

El joven Mañe Vides, muy de buenas, observa que en la copa de un palo de cantagallo chillan y saltan unos pájaros chupucos (chupahuevos). "Es señal de que por ahí hay una culebra", me explica como buen observador y profesor de ciencias de la naturaleza, aunque no sepa leer ni escribir. Monta en pelo una bestia del potrero, y sale disparado en ella con los brazos en alto y guapirreando de gusto, hacia el cantagallo. En efecto, una gran boa acaba de parir dos serpezuelas en una comba del árbol, ante la protesta vocinglera y cerrada de los pájaros veci-

Pescando en el San Jorge y en la Ciénaga Grande.



encontrado nichos funcionales para éstas, sino también por el contexto vivencial en las unidades de reproducción que permanecen en el tiempo y en el hábitat, dentro de la región.

Hay, pues, tanto descomposición como reproducción simultáneas en las formaciones sociales vistas como procesos dialécticos, así en la infraestructura como en la supraestructura de las sociedades. No hay una sola tendencia evolutiva hacia la descomposición; hay también resistencia a esa descomposición. El dominio de uno u otro polo de la relación está dado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la naturaleza de las ideologías y relaciones sociales en un período determinado. (Cf. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, 1973, 94-96).

Estas conclusiones, que a primera vista pueden parecer obvias, abren la puerta para avanzar un poco más y examinar, ahora sí, mecanismos concretos de defensa de intereses campesino-indígenas aplicables a nivel local y regional, que no son tan fáciles de determinar u observar dentro del proceso general de descomposición-reproducción. Necesitamos conocer esos mecanismos si queremos que funcione bien la iniciativa de crear el anhelado departamento del Río, así como para impulsar los movimientos políticos a todo nivel que lleven a la transformación fundamental del país y sus regiones / 1/.

Un reciente aporte crítico marxista ha definido estos mecanismos de defensa y supervivencia colectivas bajo el concepto

1. Con el avance de esta investigación va quedando más clara la estructura actual de las subregiones que componen la depresión momposina. Aquella con la cual nos iniciamos —el departamento del Río— comprende el área de influencia comercial y cultural que ejercen conjuntamente El Banco y Mompo, que comprendería la parte sur de los actuales departamentos del Cesar y Magdalena y el sur de Bolívar hasta el brazo de Mompo. Una segunda subregión se centra en Magangué y funciona por las vías fluviales conectadas al río Magdalena como el Mojana, el bajo San Jorge y el brazo de Loba, con algo de sabanas. La tercera subregión es la del Medio y Alto San Jorge y Bajo Cauca a partir de Ayapel, cuyo centro es Cauca; existe ya un movimiento separatista para crear este departamento con el nombre de Bajo Cauca. Bordeando esta última subregión se encuentran las subregiones del Sinú y sabanas con centros dominantes en Montería-Cereté y Sincelejo-Corozal, respectivamente. Por razón de las carreteras que las unen a las sabanas, tanto la villa de San Benito Abad como la ciudad de San Marcos pertenecen al área de influencia de Sincelejo. Jegua, más aislada y todavía fluvial, se conecta tanto con Magangué como San Marcos según las temporadas de pesca y agricultura.

nos. Mañe coge por el pescuezo a la boa madre y la suelta en el agua mientras toma sus pichonas, que venderá a regular precio en Jegua a una comadre (ésta las revendió en Magangué). Con este dinero se compró una camisa y unos zapatos que le duraron un año, y se tomó unos rones con el amigo que lo acompañó en la aventura. Así esperará repetirla en algún otro día de suerte.

Cuando volví a Jegua, poco después de las elecciones de 1982, en plena creciente y con charcos en las calles, me sorprendió ver a casi todo el pueblo descalzo con los dedos del pie pintados de un rojo brillante. No fue difícil descubrir que se trataba de la tinta indeleble que se usa en Colombia en las mesas de votación para introducir el dedo índice y evitar fraudes electorales. ¡En Jegua se votó hasta con los pies! dije, y pensé en Micondo. Nada de eso: algún agudo observador jeguano había asociado el efecto secante de la tinta con la cura de la "mazamorra", infección urticante de los dedos del pie que proviene de pisar el lodo de los charcos. Tomó los frascos de tinta que sobraron de las elecciones y los compartió con los enfermos. Resultó así un buen rebusque por cuenta de los politiqueros y el gobierno.

La "niña" Carmelina Martínez no tuvo hijos propios, pero ha levantado a dos sobrinas y a parte de la prole de éstas. Su error fue criarlas recatadas, pues "así sumergidas son las que caen fácil con el hombre", me dice. Y cayeron con varios concertados y macheteros de las haciendas cercanas. De la última le tocó recibir un retoño atrasado mental, que aún le acompaña en la choza frente a la placita del fútbol. Para sostenerse, Carmelina lava la ropa de las familias tenderas de Jegua, las que

En inundación, evitando la "mazamorra" de los pies.



de *estrategias de reproducción* (Albert Meyers, "Expansión del capitalismo... en el campesinado peruano", *Arbeitspapiere Universität Bielefeld*, Centro de Investigaciones sobre América Latina, No. 26, abril, 1982). Meyers define estas estrategias históricamente al relacionarlas con luchas sociales, económicas y políticas que han venido desarrollándose por varias generaciones, con todas sus secuelas de logros y fracasos: en efecto, son "medidas a largo plazo para la manutención de la vida humana (alimentación, vestimenta, vivienda, hábitat) aprendidas, realizadas y transmitidas a diferentes unidades de reproducción, desde la individual hasta la societal".

Naturalmente, las estrategias de reproducción asumen mayor importancia en momentos de crisis, como los que experimentó la sociedad indígena zenú-malibú a la llegada de los españoles, que estudiaremos en el próximo capítulo con sus mecanismos de supervivencia; así como en los malos tiempos de la ofensiva latifundista del siglo XIX (capítulo 5).

Mientras tanto, podemos proponer cuatro procesos socioeconómicos que expresan de manera general la descomposición y resistencia campesinas (y de su modo de producción) en esta región: 1) el fin de los resguardos indígenas y la formación violenta de haciendas, especialmente ganaderas; 2) el paso del señorío colonial a formas señoriales y esclavistas disimuladas en la transición al capitalismo incipiente, durante el siglo XIX; 3) la apropiación de tierras comunales, ejidos, islas y playones por la hacienda ganadera en expansión; y 4) el impacto contemporáneo de la agricultura técnica y el capitalismo agrario en la formación social nacional. Todo con el fondo telúrico de la lucha por la adaptación a la naturaleza y sus fuerzas, especialmente por los ríos, las lluvias, la flora y la fauna. Sobre cada uno de estos procesos abundaré en descripciones, documentos, y datos diversos, junto con alguna reflexión y sistematización, en este tomo y el siguiente que incluirá también al Sinú.

Aunque las clásicas definiciones de descomposición del [B] campesinado, que vimos al principio, privilegien lo económico, debemos recordar que tanto este proceso como el de reproducción que dialécticamente lo acompaña, se registran no sólo en el ámbito material sino también en el social y cultural. Muchos hemos planteado las implicaciones de "doble vía" que hay entre lo infraestructural y lo supraestructural en formaciones sociales (tomo II). Veamos ahora lo pertinente a las

viven en casas de material. No gana mucho, pero en su patio tiene árboles de coco que Mañe Vides le baja para cocinar el arroz, y otras frutas con que se mantiene cuando no hay con qué pagar la cuenta de la tienda y no le fian más. Estos han sido sus rebusques desde hace veinte años.

Las mujeres de Jegua —como del resto de la región— son las que más sufren, en especial las que viven con pescadores. Explica el barquero Luis Manuel Góez: “A muchos pescadores no nos preocupa tener dinero ni progresar. Cuando malvendemos la pesca a los fresqueros que llegan a medianoche a las ranchas de los playones con sus yónsones y el hielo, los pescadores nos vestimos bien, nos enzapatamos y nos vamos a la cantina a coquear con ron y a quedar limpios. ¡Qué importa ni qué carajo! El

Mujeres en La Ponchera y cuidando los bindes de la cocina.



estrategias generales de reproducción en el campo cultural-ideológico regional, como lo ilustran los pescadores, trabajadores, mozos, comerciantes de río y mujeres del pueblo de Jégua.

La estrategia de reproducción más evidente de las comunidades ribereñas se relaciona con las pautas de *adaptación* que aparecen en la conducta del hombre anfibio triétnico, que ayuda a explicar su aguante. Recordemos nuestra concepción de la *cultura anfibia* como aquella producida por los versátiles habitantes de laderas, caseríos y pueblos de los ríos, ciénagas, caños, playones y bosques de la depresión, aquellos que combinan estacionalmente la explotación agrícola, pecuaria y selvática con la fluvial y pesquera en el mismo hábitat o territorio. Este pueblo anfibio triétnico, ante el impacto de los cambios históricos, ha asumido un equilibrio un tanto inestable entre el trabajo y la aparente inactividad, con expresiones de adaptación que van desde estoicas y medio fatalistas hasta eufóricas y constructivas /2/.

Uno de los mecanismos más eficaces e interesantes de este equilibrio vital es el llamado "rebusque" por las propias gentes lugareñas. El *rebusque* es la técnica vidriosa del saber vivir y trabajar con elementos a la mano que, en este caso, ofrezcan el río, la ciénaga, la sabana y el bosque. Tiene una huesuda com-

2. El alsaciano Luis Striffler fue quien primero observó y consignó estas características de la cultura anfibia, en su libro, *El río San Jorge*, que terminó de escribir en San Marcos (donde era notario) en septiembre de 1880. Perdido el manuscrito cuando su autor viajó a Estrasburgo como cónsul de Colombia en 1886 (allí murió poco después), la obra fue recuperada a mediados del mismo año por el historiador cartagenero Eduardo Gutiérrez de Piñeres, quien procedió a publicarla por entregas en el *Registro de Bolívar*, del No. 212 (8 de junio de 1886) al No. 275 (21 de agosto de 1886), sin continuidad. Con las mismas planchas tipográficas del periódico se armó y publicó la primera edición como libro, en el mismo año, en la imprenta de Antonio Araújo L. De allí lo reprodujeron los hermanos Carmelo y Aristides Ojeda Zappa, de San Marcos, para la edición de 1958 en Cartagena, que es la empleada en el presente tomo. Ha sido la única obra analítica global sobre esta región.

De Striffler también quedan otros dos libros: *El río Sinú* y *El río Cesar*, publicados ambos en Cartagena por Antonio Araújo L. en la misma década de 1880. *El río Sinú* fue reproducido en 1922 por Eugenio Quintero Acosta, en Cartagena. Striffler terminó de escribir *El río Cesar* en febrero de 1881 en San Marcos; allí relata su viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta realizado en 1876. No se ha reproducido hasta la fecha. Todas las obras de Striffler siguen siendo raras a pesar de su evidente interés etnológico, geográfico e histórico.

presente es lo que cuenta, mañana ya veremos. El cuaderno del fiado de la tienda lo aguanta todo. Claro que nuestras mujeres *sufren mientras los maridos pasamos la vida felices en la cantina*. ¡Ay! Es que ellas también se merecen su suerte, porque se han acostumbrado, sin quejarse, a la sinvergüenzura de los maridos. Se la pasan jodiendo, criando hijos y haciendo comida para el borracho que viene. Casi siempre uno las encuentra tranquilas, pues saben resistir, y si no, ¡a puños con ellas!''.

Vivir al fiado es parte del aguante. Las dueñas de las tiendas parecen comprenderlo y no aprietan al deudor hasta ahorcarlo. Esperan meses para el pago de las cuentas. Así se defienden un poco las mujeres cuando los maridos salen a pescar y regresan sólo con la plata del ron. Estos dicen que tienen derecho a divertirse luego de un trabajo tan duro y cansón, del que salen con los cuerpos luyidos por el mosquito, puyados de raya, con los dedos del pie pelados por la baba del pescado que queda en los pisos de las canoas, y aguantando truenamentas y tempestades. De pronto tienen razón.

Durante los meses malos de invierno, como los capitalistas del campo no les dan trabajo, muchos se escapan y se van más allá del Sejebe para emigrar a sitios lejanos: Venezuela, la Guajira, el Cesar y las sabanas de Bolívar. Allí trabajan como jornaleros por un tiempo, cuando sienten que deben regresar a Jegua, ya que el pueblo es como un imán que sigue ejerciendo sobre ellos irresistible atracción: es la madre o la abuela que cuida los bindes de la cocina familiar, el seductor aroma de patilla que deja el manatí a su paso por el río, toda la naturaleza salvaje y pristina que allí queda con sus encantos y embrujos. Con los ahorros traídos se soporta hasta la próxima gran temporada de pesca y galapagueo, y así se va marcando el ritmo de la vida con cierta dignidad, resguardando la tradición libre y honrada de los ríanos indígenas y campesinos que sigue siendo la respuesta vital del pueblo anfibio.

o o o

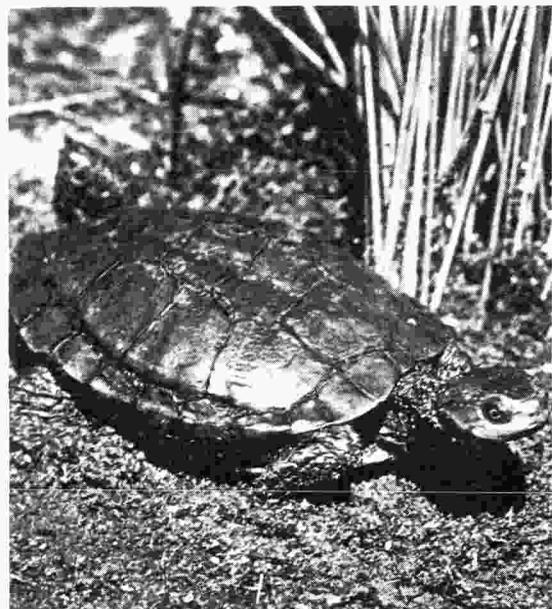
Rafael Martínez, recapacita mientras abre con una rula la concha del galápago (hicotea o tortuga) por un lado, y por otro, para sacarlo vivo, despresarlo, lavarlo con limón, y echarlo a la olla de agua caliente con condimentos que servirán para el delicioso pebre de hicotea que se acostumbra en la Costa por épocas de Semana Santa. ''¿Cómo es que aguantamos tanto, en tantas

pañera: el *aguante* que es saber esperar para satisfacer necesidades. Aunque huelan a fatalismo, en el fondo ni el rebusque ni el aguante ribereños tienen trazas de la pasividad y abulia observadas en otras regiones campesinas colombianas por Miguel Triana, Armando Solano y Luis López de Mesa, sino que son fuente de cierta creatividad y de gran ingeniosidad. Los pobres de todas partes, bien se sabe, son maestros en estas técnicas de supervivencia y de manejo del medio ambiente. En Jegua, como en toda la cuenca aplanada y cenagosa del San Jorge —y en la mayor porción de la depresión momposina de la que forma parte— el aguante y el rebusque son reglas de vida que se aprenden desde niño, se desarrollan en la juventud y se afirman con la madurez en el contexto de las comunidades de reproducción.

El cómo de estas reglas de vida es fácil de enseñar, mediante el ejemplo práctico y la escuela de la experiencia. El porqué de la adaptación es más difícil de descubrir, aunque en los caseríos ribereños haya conciencia de los problemas existentes y de la naturaleza de sus orígenes: por la forma como se ha ido descomponiendo y desorganizando la vida tradicional del campesino y pescador independiente y parcelario. Ensayemos una explicación basada en dos características psicosociales de la clase campesino-indígena como se observan en la depresión, a saber:

1. El *activismo* del hombre anfibio (especialmente el del San Jorge y Loba). Este activismo se expresa en la forma como ha logrado defender los valores de la costeñidad —la apertura a lo nuevo, la curiosidad intelectual, la alegría y sentido del humor, la hospitalidad, la alergia a la violencia, la franqueza, la confianza, el dejadismo— a pesar de las malas circunstancias materiales del diario vivir. El hombre anfibio del San Jorge y Loba se levanta ante las tempestades, no se arredra con las inundaciones, se burla de las serpientes y ha desarrollado exitosamente una tecnología apropiada a su medio ambiente.

Los rianos por regla general son fornidos, no pasan hambre, y sus condiciones de salud son mejores que las de habitantes de las ciudades. Entre ellos se han mantenido los valores antiguos de la familia extensa o parentela, la ayuda mutua (como en la cargada de la casa, la hamaqueada, el velorio) y el afecto en múltiples formas. Hay muchas deficiencias, defectos, incomodidades y carencias; hay explotación; hay pobreza e ignorancia de cosas "civilizadas". Pero brilla una personalidad independiente, digna, flexible, cariñosa, generosa, que ha logrado adaptarse creativamente a la descomposición, superar muchos de sus peligros y transmutar algunos de sus efectos.



Una de las muchas variedades de hiccotea o tortuga de pantano de la depresión momposina.



Mercado de hiccoteas en El Banco en época de Semana Santa.

formas y ante tantas injusticias? ¿Será que el pobre morirá siempre de deseo, por no poder conseguir nunca lo que quiere o necesita?''.

''Hablando contigo —añade en medio del fogaje—, siento este problema en carne viva. Pero fijate que aguantar no es sufrir. Aquí donde me ves, no me siento amargado ni quejoso. Somos todavía capaces de reír, de gozar, de tirar, de pelear a puños, de responderle a los ricos. Todavía sabemos cómo resistir y escaparnos, como cuando nos vamos a Venezuela, o como cuando invadimos tierras desocupadas para levantar casas y sembrar comida''. (Así ocurrió con las del Ñaño Pérez en San Marcos y con la Hacienda Colombia, del ''Gallino'' Vargas en Tomala, al sur de Sucre).

''El aguante no nos acaba, pues es parte de la vida, lo llevamos en el cuerpo. ¿Sabes cómo? Como las hiccoteas, precisamente, cuando inflan la vejiga de agua y se sepultan en los tremedales y debajo de los terrones de los playones secos, para

Es así como en la cultura anfibia se han inventado ocupaciones menores importantes alrededor de la pesca, la ganadería, la arriería, el jornaleo estacional y el comercio menor. El rebusque puede llegar a ser oficio ingenioso, normal y productivo. Si es necesario, la gente tiene la visión y el dinamismo suficientes para adaptarse con fines de acumulación y defensa de valores locales, como ocurrió con una cofradía ganadera establecida en Jé-gua desde 1682; pueden invadir tierras, defender playones comunales y luchar por derechos adquiridos, como se hizo en San Martín de Loba, Tomala, San Marcos y otros sitios; salen a colonizar en secciones libres y baldíos de la depresión; o emigran durante algunos meses cada año a Valledupar y Venezuela sin perder contacto con la región, a la cual vuelven con dinero por los ligamentos nunca cortados con la familia que queda cuidando los bindes de la cocina materna.

2. *La dureza cultural.* A veces estas actividades dan la sensación de ser escapes transitorios. En efecto, como he dicho, el campesino costeño se adapta a las malas situaciones de manera plástica, en silencio y casi sin protesta. En esto el hombre anfibio sostiene una tradición de dureza cultural ante la adversidad que viene de muy atrás, que se evidencia en el aguante de la gente común, una actitud conservadora que rodea como una concha dura un espíritu en el fondo indomable y expresivo.

Esta dureza cultural está formulada en la imagen popular local del "hombre-hicotea". La hicotea (*Emys decussata*) es una pequeña tortuga de agua dulce también llamada galápago, del género quelonio, que abunda en toda la depresión momposina y tiene la particularidad de enterrarse durante el verano y resistir hambre y sed; es plato preferido para la Semana Santa.

La imagen popular del hombre-hicotea tiene varias fuentes en que se inspira y de las cuales deriva su fuerza. La más importante es una *forma alienada* de conducta humana: aquella proyección que el mismo hombre del San Jorge realiza fuera de sí en seres sobrehumanos o hipotéticos, algunos de los cuales (como lo veremos con los santos populares descritos al final del capítulo 5) son invenciones propias de la sociedad anfibia que no encajan en ningún santoral formal.

No se trata de ninguna alienación negativa y paralizante, ni de una simple o fanática religiosidad, ni es ninguna aceptación ciega de lo eclesial formal, excepción hecha del manejo de imágenes "vivas" como el Cristo Milagroso de la villa de San Benito Abad. Se trata del humano afán de asirse a algo tangible y

pasar el verano. Duran allí tres o cuatro meses resistiendo sin comer ni beber, escondiéndose de los gavilanes carcaj y burlando las babillas que se las quieren tragar; hasta cuando llega la lluvia, sube el agua otra vez, y salen de los escondites flacas y huesudas, pero contentas, a repetir el rito del amor y la ponienda”.

Esta reflexión me sacude. ¿No había señalado antes que en el mito del hombre-caimán se resumía el sentido íntimo y ancestral, algo totémico, de la cultura anfibia de la Costa? ¿Será que en la cuenca del San Jorge y en otras partes de la depresión momposina el hombre-caimán, por virtud de las limitantes condiciones existentes y del exterminio del saurio, se habrá reducido al hombre-hicotea? ¡Vaya conclusión tan peregrina!

Sin embargo, a Martínez le parece correcta. “Sí —dice—, en esto nos podemos ir convirtiendo los pobres del río: en hombres-hicoteas. En tipos aguantadores, pacientes, dejaos, duros, lisos. A esto nos han querido reducir, desde hace tiempo, los hacendados y los políticos, para irnos comiendo después de uno en uno”.

“Pero las hicoteas se pueden volver otras cosas: el San Jorge guarda muchos secretos y aspavientos de la naturaleza. Recuerda que las hicoteas también arañan y muerden, y que cuando agarran con sus quijadas no sueltan por nada, a menos que se les arrime un tizón. Hay otras que espantan a sus enemigos con el hediondo orín que echan cuando son atacadas. Y así pasarían otras cosas que me haría largo de contar, si de veras nos proponemos actuar para defender nuestros justos intereses”.

En verdad, y por fortuna, el aguante y el rebusque tienen sus límites. En la costa caribe, a pesar de los fuertes impactos deprimentes de las últimas épocas, existe todavía una raza capaz de conservar las cualidades de la costeñidad tradicional, aun cuando éstas se hallen, como en el San Jorge, medio sumergidas en las miasmas de los pantanos y ahogadas por las condiciones de miseria de los caseríos ribereños. Durante el curso de los siglos, como lo vemos en Jegua, el hombre anfibia triétnico ha logrado adaptarse a la descomposición de su sociedad, ha superado ciertos peligros de este proceso, y ha transformado algunos de sus efectos. Allí sigue viviendo, luchando, sufriendo y gozando como antes, quizás ilusionado en un futuro mejor para él y para sus hijos. Esta esperanza también parece sostenerle. Por-

conocido para salvarse de un peligro, sobreponerse a un atolladero y resistir los embates de la mala suerte, así esté más allá de lo común. Ese algo del más allá es tangible y conocido para el hombre anfibio, porque se trata del reflejo en lo sobrenatural de lo que él mismo vive y goza en el diario devenir. No es un fenómeno incontrolable e inexplicable: al contrario, para el hombre del San Jorge esta alienación es normal y esperada, pues alimenta la función vital de la conchudez dentro del contexto económico-social de su cultura. Y como es su propia proyección, y él lo sabe, el riano considera humanos a sus santos, les hace intervenir en la vida diaria como si fueran miembros de la familia, y les castiga cuando no se comportan bien o no responden adecuadamente a las expectativas creadas.

Esta vigencia de lo sobrenatural-humano en el riano de la depresión momposina, especialmente en el del San Jorge, reside en una convicción animista, de aparente base zenú-malibú (con refuerzos hispánicos coloniales) de que puede apelar a un mundo superior de mayor valor que el de su experiencia cotidiana, donde habitan mohanes, santos y espíritus dotados de grandes poderes. El riano cree que puede tocar, y ansía sobar con sus propias manos, ese cosmos que en buena parte él mismo ha creado o concebido, para ponerlo a su servicio de manera mágica. Su lenguaje y su acción quedan por eso saturados de esa imaginación supramundana, febril, macondiana, que impresiona hasta al observador más lerdo.

El hecho de que el riano espere siempre algo positivo de los actos sobrenaturales y del Cristo de la Villa le hace naturalmente crédulo. Esta credulidad, que forma parte de su alienación en el contexto expresado, es el talón de Aquiles de la cultura anfibia. Porque al saturar muchas expresiones de la vida cotidiana, se extiende a las relaciones con terceros, quienes, sabiendo de la facilidad con que el riano se entrega en sus creencias, tienden a manipularlo y engañarlo. La credulidad la interpretan como ignorancia, especialmente cuando va vinculada a la política y a desarrollos técnicos capitalistas. Pero ésta es evidentemente una ignorancia relativa que puede neutralizarse, como lo han hecho muchos rianos en el contexto de la confrontación con los sistemas dominantes, cuando demuestran, por ejemplo, un pasmoso talento en el uso de conceptos nuevos y máquinas y motores extraños.

Por estos flancos débiles y alienados de la conducta campesina irrumpen también las tendencias degradantes de la explo-

que hasta en Macondo palpita con fuerza el propósito final de una existencia humana más satisfactoria.

o o o

¿Será verdad tanta belleza? ¿No será que la tal descomposición campesina es inexorable y que barrerá tarde o temprano con áreas rezagadas como la depresión momposina y con el antiguo y atrasado modo de trabajo, de vida y producción en el campo y en el río? Algunas voces respetables sostienen, en efecto, que el río merece su triste destino actual, que no tiene esperanza, ¡ni tampoco historia! Que el campesino anfibio está marcado con el signo de la desaparición, tal como el brontosaurio, aquel animal de antes del diluvio. Don Luis Striffler, químico alsaciano fracasado en el Sinú durante el decenio de 1840, quien pasó después a vivir casi por el resto de sus días como notario y cronista en San Marcos, río arriba, escribió lo siguiente en 1880 (*El río San Jorge*, página 80):

“En el San Jorge las generaciones se suceden sin que se conozca su existencia, que el tiempo va llevándose. El individuo tiene el presentimiento de que nada quedará de él, y por lo tanto no tiene por qué cuidar de su reputación; ávido de vivir, disfruta de la vida; el momento presente es lo único que lo preocupa. Con ese modo de ser no se puede saber si los moradores del lugar fueron, en los tiempos pasados, diferentes de lo que son hoy; pero puede deducirse que no se han podido efectuar muchos cambios. La acción humana es débil por falta de elementos de actividad; éste es el país de la indolencia”.

Muchos intelectuales, políticos, hacendados, ganaderos de las sabanas cercanas, y hasta curas, pueden pensar lo mismo. En parte —y sólo en parte, como se explica arriba— tienen razón. Pero esos caballeros malpensantes alimentan un mito: el de su propia superioridad. Sostienen que del río del San Jorge, tan misero, analfabeto, sucio y negro, no cabe esperar otra suerte que la que tiene. Y que si ese badulaque no se asimila al sistema explotador dominante, deberá desaparecer. Allí tendrá que quedar postrado y esquilado por los “blancos”, ojalá para siempre.

Pero la evidencia parece ser otra, por lo menos en lo que a la historia regional se refiere. ¡Pobre don Luis Striffler! ¡Pobres caballeros! Los tiempos han corrido y gracias al esfuerzo de la

ración capitalista, aquellas que señalaba Federico Engels en su *Situación de la clase obrera de Inglaterra* (1845). Hay abusos en el trabajo productivo de las mujeres y los niños; el monopolio de la tierra ha llevado a la pudrición del sistema político y a la corrupción de caciques o gamonales locales; el mensaje de los medios masivos de comunicación que llega a estos pueblos es deprimente, desorientador, pornográfico, indigno y violento; la educación formal que se imparte es errónea, desadaptada y mayormente inservible para la gente y la juventud; la familia nucleada (y algo la extensa) se atomiza y debilita, con refuerzo de actitudes de irresponsabilidad en los padres. Pero la conciencia colectiva crece alrededor de tan agudos problemas.

Ha sido, pues, con estas estrategias básicas de reproducción, adaptación, dureza y defensa colectiva como los habitantes de las laderas, caseríos y pueblos de los ríos, ciénagas, caños, playones y bosques de la depresión momposina han logrado enfrentarse a los procesos del cambio histórico y al impacto descomponedor del capitalismo sobre el modo de producción campesino-indígena. Han sabido defenderse y aguantar: ésta es su respuesta. Persisten aún formas antiguas de vida y de trabajo en estas gentes laboriosas, gracias al equilibrio que han logrado entre el activismo y el aguante. El campesinado ribereño sigue vivo, y es probable que permanezca como clase y como grupo importante dentro de la formación social nacional por mucho tiempo más.

[C] *Metodología.* Desde la desbandada del grupo de estudios de Loba por razones de muerte, represión, emigración y fatiga económica en sus miembros, no me había atrevido a organizar otro similar, con la metodología de la *investigación-acción participativa* (IAP), para proseguir nuestra serie de trabajos regionales /3/. Ahora me retaban Luis Manuel Góez,

3. La investigación-acción participativa (IAP) ha tenido desarrollos vigorosos a niveles nacionales y mundiales desde la publicación de los dos tomos del Simposio Internacional de Cartagena (*Crítica y política en ciencias sociales*, Bogotá, 1978) y de los primeros de la *Historia doble de la Costa*. En especial se destacan los siguientes trabajos preparados para el X Congreso Mundial de Sociología (México, 1982): Md. Anisur Rahman, "Theory and practice of participatory action research"; Heinz Moser, "Methodological aspects of action research"; Donald E. Comstock y Russell Fox, "Participatory research as critical theory"; y casos diversos en Nicaragua, México, Colombia, Perú, Venezuela, Chile, Sri Lanka, Filipinas, India, Bangladesh, Tanzania y otros países.



Luis Striffler en San Marcos (1880).

Rafael Martínez, Remberto Cárcamo, José de J. (Lito) Corrales, Carmelo Ojeda y amigos de otras partes con sus especiales interpretaciones de la realidad del San Jorge. Eran reflexivos y, ante todo, mostraban preocupación por la suerte de su gente. Me atreví a contarles lo que habíamos hecho en San Martín de Loba y la forma como habíamos procedido para recuperar la historia local y llegar a las raíces de nuestra situación. "Aquí también hay *ancianos informantes* de buena memoria", replicaron. Podemos comenzar por ahí. También encontré *intelectuales locales* que habían escrito ensayos pertinentes, y familias que habían guardado interesantes documentos, retratos y objetos en sus *archivos de baul*.

Yo mismo podía asumir de nuevo las funciones de colaborador y lector de *archivos* en bibliotecas y notarías de las capitales y pueblos, y aportar los datos que fuera encontrando en *fuentes secundarias*. Había por lo menos dos documentos invitadores del Archivo Nacional de Bogotá de los cuales ya tenía noticia: ambos relataban revueltas o asonadas de indios y vecinos contra las autoridades españolas, una en Ayapel en 1785 y otra en Jégua en 1804. Si fuera así, resultaba grande la diferencia entre la actitud política erguida de aquellos ayapeleños y jeguanos de la colonia y la de muchos habitantes actuales del San Jorge. ¿Cómo se ha creado este contraste? ¿Cómo se ha ido modificando, dentro del persistente marco cultural original, la conducta del hombre anfibio del San Jorge y por qué?

El reto político y científico de contestar estas preguntas,

Véanse también: Ulf Himmelstrand, "Innovative processes in social change: Theory, method and social practice", en Tom Bottomore, Stephan Nowak y Magdalena Sokolowska, *Sociology, the State of the Art* (Londres, 1982); O. Fals Borda, "Die Bedeutung der Sozialwissenschaft und die praktische Produktion von Wissen in der Dritten Welt", *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft*, vol. 2 (1981), 201-214; O. Fals Borda, Budd Hall, F. Vio Grossi y otros, *Investigación participativa y praxis rural* (Lima, 1981); Carlos Rodríguez Brandão, *Pesquisa participante* (São Paulo, 1981); International Council for Adult Education, *Convergence* (Ottawa), Vol. XIV, No. 3 (1981); Paolo Orefice, *La ricerca partecipativa*, EDA (Roma), Quaderno 2 (julio-agosto de 1982).

Algunos europeos y norteamericanos han seguido estos pasos, como vemos en las citas de arriba. Uno de los últimos intentos se refiere a las normas de recuperación y devolución del lenguaje y de la historia para valorar la experiencia campesina: Harvey J. Kaye, "Another way of seeing peasants: The work of John Berger", *Peasant Studies*, Vol. IX, No. 2 (invierno de 1982), 85-105; Guy Le Boterf, *L'enquête participation en question* (Paris, 1981).

investigación y al vigor de la memoria colectiva y de la ciencia práctica de los mismos rianos, podemos contradecirles: el San Jorge y su pueblo sí tienen historia. Esta no ha quedado sepultada en el cieno de los caños, como lo temía el alsaciano, ni ha resultado vacía ni de segunda clase, como lo esperarían aquellos despreciativos señores.

El extraordinario mundo de las ciénagas ha producido cosas insólitas, hechos despampanantes, costumbres y creencias especiales y hasta asonadas e importantes revueltas políticas. Hay allí un capítulo olvidado de la historia de la descomposición campesina entre nosotros, y de las batallas del común que se han dado para neutralizar, en parte, sus efectos. Es la lucha de un pueblo por seguir determinado rumbo propio cultural y social, la epopeya diaria para defender la autenticidad y el alma populares, y las formas características de trabajo y producción. ¿Cómo no se podrá justificar social, política e históricamente esta gigantesca respuesta colectiva? Veamos lo que ello representa para todos los colombianos de ahora y del futuro. [C]

entender con nuestras propias fuerzas intelectuales —sin marcos extranjerizantes deformadores— cómo toman rumbo los pueblos en la historia y el costo que pagan por ello, resultó demasiado invitador para nosotros, es decir, para el investigador-colaborador y los colegas de los pueblos que participarían en la nueva experiencia investigativa regional. Saltamos, pues, a la oportunidad como mejor pudimos, y hago las referencias adecuadas en los capítulos que siguen.

Henos, pues, aquí otra vez con el presente informe. Empieza, como ya lo habrá adivinado el lector, con el fascinante caso de Jegua, la antigua y próspera capital norteña del reino del Panzenú, hoy disminuida y asediada por antivalores que emanan de la civilización tecnológica contemporánea, aunque todavía responda a los retos que recibe. Todo lo cual invita, nuevamente, a aprender de la historia, vivificarla, recuperarla, y llegar a las metas colectivas de transformación radical que nos proponemos a través del conocimiento de ella y del ejemplo congruente de nuestros antepasados.